

Otras opciones expuestas en la obra de G. Woolfenden nos parecen menos compartibles.

Hay que admitir que, desde una óptica unilateralmente arqueológica, algunas de las propuestas que condujeron la reforma del oficio romano no se corresponden con los usos orientales o con la que pudiera haber sido la primera tradición oracional. El autor viene a advertir que en la reforma se perdió la posibilidad de una repriminación. Sin embargo, hay que admitir que muy probablemente hubiera resultado pastoralmente inoportuna la conformación de los nuevos oficios matutinos y vespertinos romanos a partir de unos parámetros puramente vigiliarios, que, si bien responden a la tradición, serían difíciles de compatibilizar con una oración litúrgica matutina y vespertina adaptada a la mente y la coyuntura del fiel cristiano del siglo XXI. Solamente los especialistas son capaces de reconocer las características primigenias de la plegaria litúrgica de la Iglesia y su plasmación en elecciones de ritos concretos (lucernarios, *oblatio luminis...*) y textos concretos (salmos lucernarios, cánticos, himnos...).

Félix María AROCENA

L. MELINA, J. NORIEGA y J.J. PÉREZ-SOBA, *Caminar a la luz del amor. Los fundamentos de la moral cristiana*, Palabra, Madrid 2007, 923 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-9840-141-7.

Tras la publicación del libro *La plenitud del obrar cristiano* (Palabra, Madrid 2001) y del volumen *Una luz para el obrar. Experiencia moral, caridad y acción cristiana* (Palabra, Madrid 2006), que pueden considerarse como un avance o anticipo de los resultados obtenidos en el proyecto de investigación sobre los fundamentos de la moral iniciado el año 1997 en el Área de investigación creada en el Instituto Juan Pablo II para estudios sobre matrimonio y familia, los profesores Melina, Noriega y Pérez-Soba nos presentan ahora esta nueva obra en colaboración, publicada en la misma editorial que las dos precedentes, y que constituye una auténtica propuesta orgánica y sistemática de los contenidos de la moral fundamental.

En el título elegido por los autores, *Caminar a la luz del amor*, resuena como el volumen de las actas del congreso organizado con motivo del décimo aniversario de la publicación de la encíclica *Veritatis splendor, Camminare nella luce. Prospettive della teologia morale a partire da Veritatis splendor* (Lateran University Press, Roma 2004). Siguiendo las líneas de renovación indicadas por este documento, el título trasluce la pretensión de fundar la moral cristiana a la luz de la experiencia del amor como fuente de sentido y vocación fundamental de la vida.

El manual ofrece como pórtico una parte preliminar compuesta por tres capítulos que ilustran algunos aspectos introductivos de la teología moral fundamental: el anuncio del Reino y la relevancia salvífica del actuar humano con el fin de iluminar el nexo fe-moral, la tradición moral como horizonte hermenéutico adecuado para la teología moral y, por último, las fuentes y el método de esta disciplina.

La estructura trinitaria de la obra no es simplemente formal sino que es fruto del primado de la perspectiva teológica adoptada en la que se integran elementos antropológicos, filosóficos y los provenientes de las ciencias humanas.

La primera parte, bajo el título: «Para la gloria del Padre. La vocación originaria al amor», busca explicar la experiencia moral y su sentido desde la vocación al amor que se revela plenamente en Cristo y en su remisión al misterio del Principio.

El punto de partida del volumen es la experiencia moral; por tanto, se comienza con un preciso análisis de la misma, intentando buscar su significado más profundo. Para ello los autores toman como hilo conductor, siguiendo de cerca la perspectiva de *Veritatis splendor*, la pregunta del joven rico y el posterior diálogo con Jesús. Desde esta originalidad del encuentro con Cristo, los autores pretenden mostrar la naturaleza específica de la experiencia moral cristiana. A diferencia de la experiencia estética y la experiencia religiosa, la experiencia moral se dirige a la realización de acciones y tiene como elementos básicos la presencia de una dimensión absoluta y la finalización interna de la libertad. El pasaje del Evangelio escogido se pone en estrecha relación con el inmediato precedente, donde Jesús responde a la pregunta sobre las condiciones de licitud del acta de repudio. La pregunta tiene un contenido directamente moral y en su respuesta Cristo se remite al Principio, alejándose claramente de la casuística contemporánea y ofreciendo una original interpretación de la Escritura. Esta «remisión al Principio» revela una presencia divina en nuestras acciones fundada en el plan de Dios sobre el hombre. El «Principio» tiene tres sentidos fundamentales: el plan creador de Dios, el corazón humano y Jesucristo mismo. Esta «remisión al Principio» va a conducir a los autores a indagar los fundamentos de la moral a la luz del misterio de la creación en Cristo.

La experiencia moral compromete al hombre en la búsqueda del sentido de su vida. En sus acciones la persona se va haciendo a sí misma. Esta construcción dinámica del agente le impele a buscar la verdad de sus acciones en estrecha relación con su propia identidad. La identidad moral de cada persona se encuentra en íntima conexión con la experiencia fundante del amor. La inter-

personalidad propia de la experiencia del amor revela que la pregunta por la identidad de la persona no puede responderse sino desde la interpersonalidad.

La identidad narrativa de la persona tiene su centro de gravedad en la experiencia del amor. El amor precede activamente el dinamismo del deseo, que encierra en sí una paradoja doble: no se puede apagar, no se puede extinguir. De este modo, la dialéctica inmanente de Blondel encuentra un fundamento teológico original. Las falsas soluciones a esta paradoja (el hedonismo, el budismo, el estoicismo, el existencialismo, el esteticismo) reciben una vigorosa luz desde la perspectiva de la esperanza que transforma el deseo de salvación en salvación del deseo. El amor, que el hombre percibe con una peculiar razón de fin, pues trasciende lo directamente querido, conduce al hombre hacia la bienaventuranza eterna. Para comprender adecuadamente el concepto de felicidad es preciso saber conjugar el don divino y la acción humana. Para ello es decisivo un criterio cristológico. Es en el Discurso de la Montaña, en las bienaventuranzas, donde Cristo nos revela un original camino por el que mediante la realización de acciones excelentes nos disponemos de modo perfecto a recibir plenamente el don de Dios. La felicidad, la bienaventuranza eterna, consiste entonces en la comunión real con Dios y con los hombres, que se nos ofrece en el Reino de Dios como la acción propia de Cristo que inaugura en el mundo una definitiva presencia divina.

En esta tensión hacia la comunión se ha de afrontar una amenaza radical que es la posibilidad de rechazo del don divino. La experiencia del pecado subyace en lo más profundo de la conciencia humana e influye como un peso en todos nuestros actos. El mal moral es original, ya que es irreducible al mal físico o al mal ontológico. El pecado original aparece en la experiencia humana como algo anterior a cualquier acción por parte del hombre, originado por una inclinación que le condiciona por dentro. Esta fragilidad y debilidad interior del hombre hace que el hombre experimente la vulnerabilidad de sus afectos y la falibilidad de su libertad. El mayor problema para acceder a la culpa moral es la dificultad real de su reconocimiento. El motivo de esta dificultad estriba en que se trata de un conocimiento no inmediato, sino reflexivo. El auténtico mal de culpa tiene que ver con la voluntad propia y con la responsabilidad personal. La respuesta última a la culpa del hombre no puede hacerse sino desde la Revelación de Dios.

La ley natural como memoria de la llamada originaria al amor no queda destruida por el pecado del hombre. El concepto tradicional de ley natural es profundizado desde la economía de la salvación que tiene su raíz más profunda en la sabiduría creadora del Padre. Desde esta perspectiva teológica, la ley natural contiene una fundación cristocéntrica y personalista. Siguiendo la ter-

minología introducida en *Veritatis splendor*, la estrecha relación entre «bienes para la persona» y «bien de la persona» muestra que el contenido de este último se encuentra detallado en la dinámica comunicativa de los múltiples bienes operables moralmente relevantes que tienen como fin la persona.

La segunda parte de la obra, titulada «Hijos en el Hijo» se centra en la constitución del sujeto moral cristiano. El acceso a este tema se va a realizar a través de la categoría de encuentro interpersonal. En el encuentro se experimenta una llamada, pues la presencia de otra persona me interpela, de tal modo que el acto original de la libertad es la aceptación de esta presencia. El encuentro con Cristo encierra una originalidad totalmente singular que proviene de su propia identidad. El asombro que causa su Persona da paso a una intención de Cristo sobre cada hombre que encauza su vida y que es su propia vocación. Éste es, por consiguiente, el modo concreto como se le revela al hombre la elección divina. La realización de la vida en Cristo se nos ofrece de un modo plenamente humano en la amistad con Él. La amistad con Cristo contiene un dinamismo conversivo fundamental. La conversión significa la aceptación del amor redentor que nos hace hijos de Dios. El bautismo es la realización inicial de esta nueva identidad, que conlleva la elección fundamental de la fe y que inaugura el seguimiento de Cristo en la vida moral del cristiano.

La correspondencia entre el don del Bautismo y la respuesta humana se ha desarrollado en la tradición por medio de las virtudes teologales. La exposición de las mismas tiene un destacado contenido escriturístico, que muestra la novedad de la revelación cristiana al respecto. Gracias a esta novedad, en el cristianismo se ha ido purificando e integrando la doctrina de las virtudes humanas proveniente de la filosofía griega. Las virtudes teologales conforman un nuevo sujeto moral y activan en él dinamismos que son canalizados según la propia naturaleza humana, que es ahora no anulada, sino profundamente potenciada e interiormente transformada.

La libertad humana es siempre originada; su origen se halla en la experiencia del encuentro interpersonal que se verifica en el ámbito de la familia como lugar originario de la libertad. La libertad filial tiene su fundamento más profundo en la libertad de Cristo como Hijo del Padre. La experiencia de la libertad, unida al desarrollo del hombre, permite distinguir diferentes sentidos de la misma: libertad social, moral, libertad de elección, personal. Debido al influjo del pensamiento individualista y utilitario, el significado de la misma se reduce con frecuencia a la libertad social y de elección, perdiendo de vista el marco interpersonal en la que nace y crece.

La libertad no solamente se encuentra despertada por el amor sino que es conducida por él hacia la plenitud de una comunión. El don de la caridad

concebido bajo la analogía de la amistad con Dios se convierte en un verdadero principio operativo. Dada la complejidad del hombre en la diversidad de principios operativos, es necesaria una integración de los mismos. La caridad engendra las virtudes en el sujeto que le dirigen a la consecución del fin último en la mediación de los bienes humanos que son los fines que las diversas virtudes morales persiguen.

El hombre nace y crece moralmente en una comunidad. La Iglesia es, al mismo tiempo, «morada» y «camino» hacia la meta de la comunión definitiva, lugar que alimenta la esperanza del Reino. La Iglesia es la contemporaneidad de Cristo respecto al hombre, es decir, es la que posibilita el encuentro entre Cristo y cada hombre.

En el interior de esta perspectiva moral de la caridad y las virtudes que apuntan hacia un obrar excelente continúa estando vigente el valor de la ley moral. Entre las normas morales asumen un valor particular las denominadas «absolutos morales», pues tienen un valor absolutamente obligatorio y no admiten excepciones. Las teorías proporcionalistas y consecuencialistas que ponen en duda el valor absoluto de estas normas son refutadas, siguiendo el Magisterio de la Iglesia, particularmente en la encíclica *Veritatis splendor*. Por otro lado, en el contexto social contemporáneo, el cristiano se encuentra ante leyes civiles que pueden entrar en contradicción con las leyes morales; frente a ellas se imponen, en ocasiones, elecciones difíciles para el cristiano que está llamado a promover el verdadero desarrollo de la sociedad humana apuntando siempre hacia la instauración definitiva del Reino de Dios.

En la vida moral del hombre se verifica la realidad del pecado como rechazo explícito de Cristo y del plan de salvación que Él anuncia. Este rechazo del amor filial en actos morales malos que son siempre actos personales, es respondido por el amor misericordioso de Dios en el perdón que supera la ofensa cometida. En la tradición eclesial se ha distinguido con un criterio teológico entre pecado mortal, que hace perder la gracia santificante y la caridad, y venial, que no rompe esta unión con Dios. Hay un segundo criterio de carácter antropológico que distingue por su objeto entre pecados graves y leves. La vivencia del pecado se une a la práctica de la penitencia y a la celebración del sacramento de la Reconciliación.

La tercera parte del volumen se titula «Guiados por el Espíritu». En ella los autores buscan mostrar el modo de autorrealización del hombre a través de sus acciones. Para ello toman como punto de partida el amor como el primero de los dones y la razón de cualquier otro don. Respecto a la estructura del amor, la dinámica del don tiene como características propias la alteridad, la liberali-

dad, el desinterés y la reciprocidad. La lógica del don tiene un fundamento trinitario y una estrecha vinculación con la teología de las misiones divinas. El hombre recibe el don divino en sus acciones humanas que van conformando, por ello, una verdadera historia de salvación.

Tras el estudio de la dinámica del don, se afronta el tema de la estructura de la acción humana como un proceso complejo en el que se integran diferentes dimensiones. Los autores siguen de cerca la exposición de Sto. Tomás de Aquino respecto a los actos humanos e incorporan las principales aportaciones de los estudios más recientes sobre la teoría de la acción humana. El resultado es altamente novedoso. La libertad brota de un primer momento afectivo. La afectividad despliega una dinámica con diferentes dimensiones que en su unidad intencional es preciso saber dirigir hacia la construcción de acciones excelentes. La racionalidad de la acción aparece en el momento de la intención que se determina en la elección. La inseparabilidad entre intención y elección incluye un eventual proceso de deliberación. La especificación de la acción conforma su objeto moral como el fin próximo de una elección deliberada.

La unidad de todo este dinamismo de la acción es generada por el Espíritu Santo que posibilita que la acción adquiera una dimensión salvífica. El instinto del Espíritu, los dones, las bienaventuranzas, los frutos y el mérito son, de este modo, consideradas como dimensiones constitutivas del actuar humano. La vida cristiana como vida en el Espíritu hace inseparables las dimensiones moral y espiritual de la misma. La presencia del Espíritu no solamente posee una dimensión impulsiva de la acción, sino también una dimensión normativa. La ley del Espíritu o ley nueva constituye la clave de bóveda de la reflexión moral cristiana; ella, como ley interior, contiene toda la perfección capaz de dirigir y regular nuestro obrar hacia la comunión con Dios en Cristo.

La interioridad de la ley nueva en el corazón humano apunta a la cuestión de la conciencia moral como un juicio interior que ilumina los actos con la luz de la verdad moral. La formación de la conciencia implica la adquisición de las disposiciones capaces de guiar al hombre hacia el bien. Esta formación tiene siempre una referencia comunitaria concreta, como el ámbito donde se realiza la educación moral en el contexto de una tradición.

La vida moral cristiana se concibe, por consiguiente, como una vocación, una respuesta a la llamada al seguimiento de Cristo. Esta vocación, eminentemente personal, se concreta en diferentes formas según los estados de vida del cristiano que brotan de la riqueza del misterio pascual de Cristo, fuente de toda fecundidad para el obrar cristiano. El actuar del creyente contiene una dimensión fundamental de testimonio, que es mucho más que el ejemplo de una

buena acción, ya que implica la vinculación personal del testigo con el contenido del testimonio. El martirio es la expresión suprema de este testimonio.

La originalidad de este manual se encuentra, a mi modo de ver, tanto en la metodología cuanto en el contenido. Respecto al primer aspecto, cada capítulo está introducido con una breve descripción en forma de «claves de lectura» y concluido con una síntesis final. Se subrayan los términos centrales con el fin de que el lector pueda situarse y seguir el hilo conductor del discurso. La bibliografía contenida en las notas a pie de página es abundante y actualizada. Al final de cada capítulo se ofrece, además, un resumen de las obras más relevantes que se han tenido en cuenta. Este esfuerzo de los autores se agradece sinceramente, pues el tamaño del volumen no es precisamente el que se esperaría de un manual. La densidad del discurso hace, en ocasiones, no sencilla la comprensión inmediata del texto. El índice de autores facilita la consulta, aunque se echa de menos un índice de materias.

Respecto al contenido, los autores integran de manera convincente tres núcleos fundamentales de renovación de la teología moral fundamental: la dimensión teológica de la misma, que se concentra en la propuesta de un cristocentrismo moral, la cuestión de la originalidad de la racionalidad práctica, que se materializa en la importancia concedida al dinamismo de las virtudes, y el horizonte novedoso de la experiencia del amor (interpretada en una clave filosófica personalista que subraya con fuerza la nota de la interpersonalidad), y que se concentra en la relevancia de la caridad para el actuar moral del hombre. La estructura del libro es original respecto a la distribución clásica de los tratados de la teología moral fundamental que quedan, con frecuencia, redimensionados y recolocados en una nueva perspectiva (por ejemplo, el tratado de la ley, la conciencia o el pecado).

Este manual, cuya traducción italiana estará también pronto a disposición de los estudiosos de la materia, es una importante aportación para la enseñanza y el aprendizaje de la moral fundamental. Por ello, es necesario agradecer sinceramente a sus autores el trabajo realizado, animándoles a proseguir en el empeño de la renovación de la teología moral.

Juan de Dios LARRÚ